

# LA PROTESTA HUMANA

PERIODICO ANARQUISTA

SUSCRIPCIÓN  
Semestre..... Ps. 1.00  
Año..... " 2.00  
Paquetes de 25 ejemplares.. " 1.00  
PAGO ADELANTADO

SALE UN DOMINGO POR OTRO

Número suelto: Cinco Centavos

DIRECCIÓN: G. LAFARGA

Calle Chile n. 2274

BUENOS AIRES

## Nuestras riquezas

Somos ricos en las sociedades civilizadas. Por qué hay, pues, esa miseria en torno nuestro? ¿Por qué ese trabajo penoso y embrutecedor de las masas? ¿Por qué esa inseguridad del mañana, hasta para el trabajador mejor retribuido, en medio de las riquezas heredadas del ayer, y apesar de los poderosos medios de producción que darían a todos el bienestar, a cambio de algunas horas de trabajo cotidiano?

Los anarquistas lo hemos dicho y redicho hasta la saciedad. Porque todo lo necesario para la producción ha sido acaparado por algunos en el transcurso de esta larga historia de saqueos, éxodos, guerras, ignorancia y opresión en que ha vivido la humanidad antes de aprender a domar las fuerzas de la naturaleza.

Porque, prevaliéndose de pretensos derechos adquiridos en lo pasado, se apropian hoy dos tercios del producto del trabajo humano, dilapidándolos del modo más insensato y escandaloso. Porque reduciendo a las masas al punto de no tener con qué vivir un mes ó una semana, no permiten al hombre trabajar sino consintiendo en dejarse quitar la parte del león. Porque le impiden producir lo que necesitan y le fuerzan a producir, no lo necesario para los demás, sino lo que más grandes beneficios promete el acaparador.

Contémplese, en efecto, un país civilizado. Taláronse los bosques que antaño lo cubrían, se desecaron los pantanos, se saneó el clima: ya es habitable. El suelo, que en otros tiempos sólo brotaba groseras hierbas, suministra hoy ricas mieses. Las rocas, suspensas sobre los valles de Mediodía, forman terrazas por donde trepan las viñas de dorado fruto. Plantas silvestres que aún no daban sino un fruto áspero ó unas raíces no comestibles, han sido transformadas por reiterados cultivos en sabrosas hortalizas, en árboles cargados de frutas exquisitas. Millares de caminos con firme de piedra y férreos carriles surcan la tierra, horadan las montañas; en los abruptos declives silba la locomotora. Los ríos se han hecho navegables; las costas, sondeadas y esmeradamente reproducidas en mapas, son de fácil acceso; puertos artificiales, trabajosamente hechos y resguardados contra los furios del Océano, dan refugio a los buques. Horádanse las rocas con pozos profundos; laberintos de galerías subterráneas se extienden allí donde hay carbón que sacar ó minerales que recoger. En todos los puntos donde se entrecruzan caminos han brotado y crecido ciudades, en los recintos de las cuales se hallan todos los tesoros de la industria, de las artes y de las ciencias.

Cada hectárea de suelo que se labra en Europa ha sido regada con el sudor de muchas razas; cada camino tiene una historia de servidumbre personal, de trabajo superhumano, de sufrimientos del pueblo. Cada legua de vía férrea, cada metro de túnel, han recibido su porción de sangre humana.

Los pozos de las minas llevan aún frescas las huellas de las muecas hechas en la roca por el brazo del barrenador. De uno á otro pilar pudieran señalarse las galerías subterráneas por la tumba de un minero, arrebatado en la fuerza de la edad por el fuego grisú, el hundimiento ó la inundación; y sabido es cuántas lágrimas, privaciones y miserias sin nombre ha costado cada una de esas tumbas á la familia

que vivía con el exiguo salario del hombre enterrado bajo los escombros.

Las ciudades, enlazadas entre sí con carriles de hierro y líneas de navegación, son organismos que han vivido siglos. Cavado su suelo, y encontraréis hiladas superpuestas de calles, casas, teatros, circos y edificios públicos. Profundizad su historia y veréis cómo la civilización de la ciudad, su industria, su genio, han crecido lentamente y madurado por el concurso de todos sus habitantes, antes de llegar á ser lo que son hoy.

Y aún ahora, el valor de cada casa, de cada taller, de cada fábrica, de cada almacén, sólo es producto de la labor acumulada de millones de trabajadores sepultados bajo tierra, y no se mantiene sino por el esfuerzo de legiones de hombres que habitan en ese punto del globo. ¿Qué sería de los docks de Londres ó de los grandes bazares de París, á no encontrarse situados en esos grandes centros del comercio internacional? ¿Qué sería de nuestras minas, de nuestras fábricas, de nuestros astilleros y de nuestras vías férreas, sin el cúmulo de mercaderías trasportadas diariamente por mar y por tierra?

Millones de seres humanos han trabajado para crear esta civilización de que hoy nos gloriamos. Otros millones, diseminados por todos los ámbitos del globo, trabajan por sostenerla. Sin ellos, no quedarían más que escombros de ella dentro de cinco años.

Hasta el pensamiento, hasta la invención, son hechos colectivos, producto del pasado y del presente. Millares de inventores han preparado el invento de cada una de esas máquinas en las cuales admira el hombre su genio. Miles de escritores, poetas y sabios han trabajado para elaborar el saber, extinguir el error y crear esa atmósfera de pensamiento científico, sin la cual no hubiera podido aparecer ninguna de las maravillas de nuestro siglo. Pero esos millares de filósofos, poetas, sabios é inventores, no habían sido también suscitados oor la labor de los siglos extintos? ¿No fueron durante su vida alimentados y sostenidos, así en lo físico como en lo moral, por legiones de trabajadores y artesanos de todas clases? ¿No adquirieron su fuerza impulsiva en lo que les rodeaba?

Ciertamente, el genio de un Seguin, de un Mayer y de un Grove han hecho más por lanzar la industria á nuevas vías, que todos los capitalistas del mundo. Pero esos mismos genios son hijos de la industria igual que de la ciencia; porque ha sido menester que millares de máquinas de vapor transformasen, años tras años, á vista de todos, el calor en fuerza dinámica y esta fuerza en sonido, en luz y en electricidad, antes de que esas inteligencias geniales llegasen á proclamar el origen mecánico y la unidad de las fuerzas físicas. Y si nosotros los hijos del siglo XIX hemos comprendido á la postre esta idea y hemos sabido aplicarla, es también porque para ello estábamos preparados por la experiencia cotidiana. También los pensadores del pasado siglo la habían entrevisto y enunciado; pero quedó sin comprender, porque el siglo XVIII no había crecido, cual nosotros, junto á la máquina de vapor.

Piénsese nada más que en las décadas que hubieran transcurrido aún en la ignorancia de esa ley que nos ha permitido revolucionar la industria moderna, si Watt no hubiese encontrado en Soho trabajadores hábiles para construir con metal sus planes teóricos, perfeccionar todas sus partes, y apurándole dentro de un meca-

nismo completo, hacer por fin al vapor más dócil que el caballo, más manejable que el agua.

Cada máquina tiene la misma historia: larga historia de noches en blanco y de miseria, de disilusiones y de alegría, de mejoras parciales halladas por varias generaciones de obreros desconocidos que venían á añadir al primitivo invento esas pequeñas nonadas, sin las cuales permanecería estéril la idea más fecunda. Aún más: cada nueva invención es una síntesis resultante de mil inventos anteriores en el inmenso campo de la mecánica y de la industria.

Ciencia é industria, saber y aplicación, descubrimiento y realización práctica que conduce á nuevas invenciones, trabajo cerebral y trabajo manual, idea y labor de los brazos: todo se enlaza. Cada descubrimiento, cada progreso, cada aumento de la riqueza de la humanidad tiene su origen en el conjunto del trabajo manual y cerebral pasado y presente.

Entonces, ¿con qué derecho puede nadie apropiarse la menor partícula de ese inmenso todo y decir: «esto es mío y no vuestro?»

Por el de la fuerza.

Jamás por el de la razón.

## La Réplica

Hablaste, buéy, pero digiste má...  
Lope de Vega.

Perfectamente. El adversario ha roto las pudibundas capas que se usan como un cubre-imbecilidades oportuno, y se nos mostró con su carácter neto de zafiedad innata. Perfectamente, repetimos. Estamos conformes de saber con quién nos las habemos, por más que la intuición nos lo hiciese conocer por la forma anómala del ataque traído. Este conocimiento constatado fué nuestro delito para que se nos condenase á ser blanco de una serie de *horrituras* que no agravian, pobre Gog y Magog, por cuanto los deterministas convencidos sabemos que el microcéfalo es tan irresponsable de su escasa inteligencia como el grafómano de lo que escribe. De ahí que, al aceptar la discusión, pidiésemos otro en la palestra, menos ó nada morboso, si era posible, y más preparado, cosa que hoy volvemos á exigir con razón más justificada, aunque no aconsejamos al pobre Gog y Magog que se retire en cura á un hospicio, como él se permite enviarnos al colegio á estudiar gramática.

¡Eh, diablo! El que esto escribe, justamente, va al colegio, pero á ser explotado enseñando y no aprendiendo; y entre las varias materias de sus clases, casualmente, está esa diehosa gramática que el adversario, profano en tal asunto, no la ve en mi escrito último. No es extraño, puesto que no ve tampoco otros puntos esenciales á su condición de socialista que como megalómano, ya que no como grafómano, los debía ver, conocer y estudiar. Ya lo demostraremos más adelante y en esta misma réplica. Pero antes vamos á demostrar también la verdadera enfermedad de escribir que tiene nuestro adversario, haciendo un rápido examen sobre su manía que le impulsa á escribir, á pesar de no tener nada que decirnos, por donde le da la enfermedad en tomar como de él lo que digimos nosotros.

Escribíamos: «... que se cure un tanto de su megalomanía que lo empuja en creerse un desafiador temible».

Escribe él: «... así aceptamos al nuevo desafiador que no es tan temible como parece».

Nosotros: «... que estudie y piense todo bien cuanto vaya á oponernos».

Él: «... Pero que nuestro adversario vaya al colegio».

Nosotros: «... Por eso *La Vanguardia*, periódico que se intitula socialista, debe retirar de sus columnas á ese Gog y Magog, cuya ignorancia es manifiesta».

Él: «... ¿Por qué no comienza usted, ó más bien uno de sus compañeros más ilustrados?».

Nosotros: «Esto es rigurosamente lógico».

Él: «Esto es irrefutablemente cierto».

Nosotros: «... debe dar el paso franco á otro socialista legalitario más conocedor».

Él: «... ó más bien uno de sus compañeros más ilustrados».

El trabajo sería largo é improbo. Notemos además, de paso, que la misma característica de los maníacos, particularmente los grafómanos, en considerarse sanos, mientras prueban lo contrario, se nota en Gog y Magog. Escribe.

«... pues somos gente sana y de temperamento normal».

Hemos conocido á un amigo, buen corazón á pesar de todo, matóide perfecto, que en nuestra «Casa del Pueblo» consideraba á todos los concurrentes, aún á los extraños á la anarquía, como casi locos, hallándose él sólo como uno de los más normales. Últimamente se ha afilado á un «cerculo obrero católico», no obstante de hallar en él á todos los correigionarios suyos locos y casilocos. No hace muchos días aún el «Circulo Internacional» de nuestros compañeros en Montevideo, se nos presentó un pseudo espiritualista que nos acusaba también á todos los anarquicos de sugestionados. Sin embargo era él el sugestionado, pues, relataba que su yo veía á dios sin verlo, ... porque el espíritu era y no era, ... y porque la materia no podía conocer á la materia. Allí era él, aseguraba, el único no sugestionado. Los compañeros de Montevideo no nos dejaron por mentirosos si invocamos el testimonio de ellos para el presente caso.

Por manera que cuando Gog y Magog escribe, «pues somos gente sana y de temperamento normal», demostrando su grafomanía lo contrario, hemos de admitir, sin reservas inútiles, que se equivoca y nos quiere equivocar. ... Queda, pues, en parte, justificada que necesitamos otro adversario. La otra parte la vamos á exponer.

Se dice que caemos en los sofismas; hay que decir cuáles son. Nosotros, en nuestro artículo último, pedíamos la prueba razonada de todo lo que se refutase. Caemos en los sofismas, ¿pero qué sofismas? ¿Por qué no se transcriben los sofismas? Y se llama «lenguaje exotérico» á una proposición que demostrada por la contraria corrobora su lógica, lo científico de su evidencia: «Como nuestra doctrina pide nuestra táctica de lucha, nuestra táctica de lucha va hacia nuestra doctrina». ¿No estudió, Gog y Magog, filosofía para ignorar como se prueba la perfecta evidencia de una proposición, saliendo del poco científico silogismo?

Ya que nos hallamos en el terreno de la benevolencia, vamos á darle unas líneas de lección al primo que nos manda al colegio. Un ejemplo de proposición imperfecta: la ejecución de un acto ó una actividad psíquica, se produce por la actividad del sistema nervioso; pero la actividad del sistema nervioso no supone la ejecución de un acto ó una actividad psíquica. (Th. Ribot. *Las enfermedades de la personalidad*). Es harto sabido que si las recíprocas no son verdaderas las proposiciones son de una evidencia imperfecta. Lombroso en su famosa obra *L'homme delinquente* estableció en 1884 que la delincuencia se producía, generalmente, por la microcefalia y oxicefalia; pero nuestro inte-



